

D

UR

Universidad de
la República

LETRAS
NACIONALES

3

DEDICO este libro a la memoria de mi padre, Arturo Pablo Visca, de mi hermano, Carlos Eduardo, y de un amigo, Líber Falco. Tres vidas ejemplares. Hoy, para mí, tres indelebles sombras entrañables.

A. S. V.

Arturo Sergio Visca

ANTOLOGIA
DEL CUENTO
URUGUAYO
CONTEMPORANEO

Índice

I — MONTIEL BALLESTEROS (1888)	8
Los sin patria	13
El chasque	25
II — PEDRO LEANDRO IPUCHE (1890)	32
El Paraguaycito	37
III — JOSE MONEGAL (1892)	48
Un monteador	53
El negro Ulpiano Maca y los Reyes	58
El sargento Cáceres	63
IV — JUAN MARIO MAGALLANES (1893-1950)	70
Gaucho	76
V — JUAN JOSE MOROSOLI (1899-1957)	84
Montaraz	90
Siete Pelos	95
Hernández	101
Dos Viejos	107
VI — ENRIQUE AMORIN (1900-1960)	116
Gaucho pobre	123
La doradilla	127
VII — FRANCISCO ESPINOLA (1901)	134
Todavía, no	141
Rodríguez	161
VIII — SANTIAGO DOSSETTI (1902)	166
El cuidador	172
Domingo en la estancia	179
Sobeo	187
IX — FILISBERTO HERNANDEZ (1902)	196
El cocodrilo	202
X — VICTOR DOTTI (1907-1955)	218
El chimango	224
XI — SERAFIN J. GARCIA (1908)	232
El recuerdo indeleble	237

XII — JUAN CARLOS ONETTI (1909)	242
El infierno tan temido	249
XIII — DIONISIO TRILLO PAYS (1909)	266
Agua estancada	272
Nuevo cauce	279
XIV — GISELDA ZANI (1909)	290
La casa de la calle del Socorro	296
XV — ELISEO SALVADOR PORTA (1912)	312
El padre	318
En el puesto del fondo	322
XVI — ALFREDO GRAVINA (1913)	330
La danza macabra	335
XVII — CARLOS MARTINEZ MORENO (1917)	346
El salto del tigre	352
XVIII — MARIO ARREGUI (1917)	370
Diego Alonso	375
XIX — LUIS CASTELLI (1919)	388
Mundo verde y rojo	395
La isla del puerto	410
XX — MARIO BENEDETTI (1920)	422
Tan amigos	429
Retrato de Elisa	434
Los pocillos	442
XXI — JULIO C. DA ROSA (1920)	450
Hombre flauta	456
La vieja Isabel	466
XXII — ANGEL RAMA (1926)	474
Nacimiento	480
XXIII — MARINES SILVA DE MAGGI (1929).....	486
Mi hermano Daniel	492

Nacimiento

Mientras avanza, al paso remolón de la vaca, ve moverse el campo que en esa hora primera de la tarde también tiene novedades. El camino sube y dobla junto a la casa de la médica, edificada en la austera piedra de cantería que allí usan. A lo lejos hincha el lomo una ringlera de alisos, como si un animal se desperezara debajo de la tierra y ésta se plegara a las contorsiones de un espinazo.

La vaca se detiene ante una mata de hierbas nacidas entre las piedras del cerco. Lina se cuelga con ambas manos de la cuerda para apartarla.

—Vamos, Amarela. ¡Si no queda mucho por caminar! ¡Qué dirá la médica si nos ve comiéndole la casa!

La vaca gira hacia ella una enorme cabeza interrogante. Parece sopesar el ofrecimiento, y con un hondo mugido accede. Avanza, lenta, moviendo a compás su pesado vientre.

El camino vuelve a empinarse. Desde la altura reconoce el sembradío de su madre, con los tres robles al pie de los cuales crece la zarzamora. Aquellas dos mujeres que inclinan

hacia la tierra cabezas cubiertas de pañuelos rojos, son sus hermanas. La gana una inexplicable felicidad: bajo el arco limpiísimo del cielo el día se esponja. Haciendo bocina con las manos, llama:

—Hermiiiiiaaaa.

Como un eco llega una voz que dice: “Niiiiñaaa”. Una de las hermanas ha dado respuesta, y levanta un brazo alto y recto como un señaladero.

A su izquierda desciende un vallecito, cuadriculado como el tablero de un juego de oca. Como dispersadas al vuelo, ve en diversos cuadros las diminutas figuras de hombres y mujeres trabajando, acompañados de algunos animales inmóviles. Por el límite, entre dos parcelas, caminan en fila dos carabineros cuyos sombreros centellean.

También entre dos sembrados avanza ahora la niña mientras anuncia: “Ya estamos llegando, Amarela. Tendrás todo el pasto que quieras tú y tu cría. Ese ternero tarda demasiado. Dime, ¿no estás cansada de esperarlo?”. Trepano a un murete obliga al animal a costearlo, mientras ella va por lo alto poniendo un pie delante del otro con precaución de improvisado juego. Desde lejos parece caminar delicadamente sobre el lomo de la vaca.

“Aquí está; hemos llegado”, exclama cuando entran por una hendidura del cerco a una parcela de campo no mayor de las que veía desde la altura. Gira en torno a la vaca palmeándola, preguntándole por su futura maternidad cada vez que alza el belfo del pasto. Pero se cansa al fin de un diálogo en que debe hacer las dos partes, y vaga por el campo acechando alguien a quien saludar y con quien cambiar palabras ceremoniosas, u otro niño que deba cumplir tareas similares: cuidar de los animales para que no invadan campos ajenos.

Se acerca a los robles que crecen en el límite del campo; por ellos trepa con la agilidad de una larga costumbre. En las ramas superiores se hamaca mirando el paisaje; una honda proyección de campo que con un movimiento de ese va hacia el horizonte y que cierra una colina.

Un carricoche arrastrado por un burro —de lejos se diría

que ambos son de juguete— va deteniéndose junto a los labradores que lo cargan con rápidos gestos, levantando las horquillas. Lo conduce Manuel, que tiene la edad de Lina pero es un palmo más alto: moreno, casi negro, con dos ojos oscuros debajo de unas cejas como balcones peludos; imita a su padre y perjura por nada, cada vez más fuerte, hasta que lo reprenden; entonces ríe y se ve que le faltan los dos dientes de adelante.

El carricoche repleto avanza, y detrás se forma una fila que ondula como una oruga gigante. De ella parte un murmullo melódico, un canturreo a boca cerrada; luego se abre en un canto que violentamente irrumpe y resuena como si con ellos cantara la propia tierra; a él se suman voces de mujeres que salen de la colina distante. Un canto pleno en que entra la tarde, el campo irregular, el aire, y hasta Lina, quien irguiéndose sobre la rama del roble, canta a voz en cuello.

Tendida sobre el pasto, con los brazos abiertos, sin mirar nada, ni siquiera el cielo entre el follaje del roble, oye el canto que se pierde. Algo le corre por la mano. Encuentra sobre el dorso un insecto de alas de leche y cabecita negra, un San Antonio que da vueltas a sus dedos sin poder irse. Lina, acostada boca abajo, lo pasa de mano en mano, lo hace subir y caer, y él sigue caminando con terca premura, buscando la salida del laberinto inacabable. Cuando por fin recuerda que dispone de alas y vuela, Lina, que ha apoyado la cabeza sobre el brazo, cae súbitamente en el sueño.

Cuando despierta, sobre el cielo sólo cuelga una vaga claridad verde. Su despertar es confuso porque no reconoce el sitio en que se encuentra, ni se reconoce a sí misma. Su confusión se resquebraja de pronto cuando oye el mugido monótono de la vaca; ese es el sonido que introduciéndose en su sueño ha apresurado su despertar, y de inmediato reconoce la realidad del mundo. También la inquietud; llegará de noche, la estarán buscando, y antes que nada está el miedo de ese gran campo vacío y oscuro que debe recorrer.

—Amarela, ven, vámonos pronto —exclama, refregándose los ojos, y con premura busca por el suelo el extremo

de la cuerda—. ¡Cómo haremos para llegar! ¡Está oscuro!

La vaca, algo apartada, es una sombra debajo de los robles; pero junto a ella hay algo, un bulto que parece moverse. Lina se detiene y la llama de nuevo. En vano. Tira fuerte el extremo de la cuerda sin conseguir que el animal se aproxime: sus cuatro patas parecen parte de la tierra. Pero sigue mugiendo desde la sombra, llamándola, quejándose.

No hay duda de que alguien, a su lado, le impide acercarse. Una voz se lo dice en secreto; es Agundo, el enano burlón que se divierte rizando el pelo de los animales y obligándolos a galopar la noche entera dentro del reducido establo. Allí está y no deja moverse al animal.

—Amarela, acércate, no tengas miedo; espántalo con el rabo —musita bajito, y se retrae de inmediato, temiendo una venganza.

¿Qué hacer? No puede irse sin llevarla consigo; debe disputársela al enano que desde la sombra se le opone provocativo y a quien ella oye reír burlón. Sin soltar la cuerda tensa, va trazando un círculo mágico en torno a la vaca, porque sin que nadie se lo hubiera enseñado descubre que ese es el conjuro: hay que cerrar un círculo.

Lucha ásperamente con el enemigo comenzando un padre-nuestro de carrerilla; tiene que ganar pronto, antes de que se haga la noche total porque entonces será vencida. Aunque tiene muchísimo miedo, no afloja la cuerda.

Ha dado un gran rodeo y ahora contempla al animal desde la parte baja del terreno, proyectado en sombra contra el poniente. Desde allí ve las orejas erguidas del enano y, cuando gira la cabeza, le descubre el hocico largo. Amarela muge hondo, llamándola, y Lina sabe que ahora debe acercársele y salvarla.

Avanza sin apartar los ojos del enano, esperando que salte. ¡Si la realidad fuera distinta de su miedo!, se le ocurre. “Amarela, huye, pronto”, grita y corre hacia ella prendiéndose de su gran cabeza. El enano sigue inmóvil; de reojo le mira: es un ternero pequeñito que ladea la cabeza asustado

mientras la vaca pasa sobre su lomo una larga lengua insistente.

Se le aproxima despacio, todavía no muy convencida de lo que está viendo; se inclina, lo toca con las puntas de los dedos. Sí, es un ternero. Alza la cabeza topándose con el hocico de Amarela inquieta y le dice casi sobre la oreja: "¡Es lindo!". Siente que a ella le corresponde también algo de esa lindeza.

¡Cuántas veces, hace días y quizá años, le anunciaron el nacimiento del ternero! Tantos, que tuvo tiempo de bautizarlo por anticipado con un nombre que provocó la algazara de la familia, asombrada de la palabra rarísima que había inventado: Mozambique. Ahora que Mozambique vino, que lo contempla a gusto, y lo tiene al alcance de la mano, descubre algo tan sorprendente como simple: que es una vaca en pequeño. Debería haberlo sabido de antes, pero sólo ahora descubre que los demás terneros que había visto también eran hijos de vacas como Amarela.

—Mozambique —le dice Lina con la voz tranquila y dulce que se usa para que el animal entre en el círculo de la domesticidad— tenemos que ir a casa a contárselo a mamá.

El aire es más fresco. La noche ocupa el cielo que está estrellándose. Sólo hacia el poniente resta claridad del día pasado. Pero no tiene miedo, como si Mozambique valiera por un talismán de buena suerte.

Lo levantó en brazos, recogió las piernas que le sobraban, tranquilizó su espanto hablándole despacio detrás de la oreja, y emprendió la marcha seguida de la vaca que no necesitaba ya de cuerda para ir derecho por el sendero.

—Mozambique, te haremos una linda cama de paja en el establo. Y esta noche te prestaré mi frazada, porque en casa no hay otra para tí.

Descendían muy despacio la cuesta; seguían las vueltas del camino, la niña con la vaca detrás muy junto a ella. Sus hermanos y los vecinos que la buscaban, vieron avanzar la silueta negra de un monstruo mitológico que se deslizaba al

abrigo de la incipiente noche. Por encima del hombro de la niña la vaca avanzaba la cabeza para lamer una y otra vez, sin cansarse nunca, al ternero. Su lengua maternal parecía abarcar a su cría y a la niña.
